

con ellas:¹ este lugar puede por tanto reputarse como el gran depósito de los tesoros de la antigua escultura que ahora yacen allí escondidos á pesar de que los monumentos de esta clase se encuentran en la capital esparcidos por todas partes; de manera que casi no se abre un cimiento sin encontrar algunos restos arruinados de las artes bárbaras. Pero como son poco estimadas, cuando no se les despedazaba brutalmente hasta dejarlas inservibles, se les destinaba á formar las paredes de los nuevos edificios.² Los célebres bajosrelieves del último Moctezuma y de su padre, labrados en roca maciza en los bellos bosques de Chapoltepec, fueron deliberadamente destruidos por orden del gobierno, nada menos que en el último siglo.³ Los monumentos de los bárbaros se tenían tan en poco por los hombres civilizados como los de estos por los bárbaros.⁴

1 Clavijero, op. cit., t. II, pág. 195.

2 Gama, descripción, parte 1.^a pág. 1.^a

Además de la plaza mayor, Gama sospecha que la plaza de Tlatelolco sea otra sepultura de antiguas reliquias, por ser el barrio adonde se retiraron los mexicanos.

3 Torquemada, ubi supra. Gama, descripción, parte 2.^a, páginas 81, 83.

De estas estatuas hablan repetidas veces los antiguos escritores; la última cuyo mérito recomienda Gama, fué destruida en 1754. (Ibidem.)

4 Esta rabia por destruir excitó el enojo de Pedro Mártir, cuyo espíritu ilustrado respetaba los vestigios de la civilización donde quiera que los encontraba. «Los conquistadores, dice, raras veces reparaban los edificios que estaban arruinados. De mejor gana habrían saqueado veinte magníficas ciudades que levantar un buen edificio.» De Orbe Novo, doc. 5.^a, cap. 10.

La pieza de escultura mas interesante de cuantas hasta ahora se han desenterrado, es la piedra del calendario, de la que hemos hablado en el capítulo precedente. Es de duro pórfido y del tamaño que tenia cuando se sacó de la cantera: se calcula que pesará cerca de cincuenta toneladas: fué traída de unas montañas que están mas allá del lago de Chalco, á muchas leguas de la ciudad, por un camino quebrado y cortado por rios y canales. Al pasarla por un puente se hundió éste, y la enorme piedra se sumergió en el agua, de donde costó gran trabajo sacarla. El hecho de trasportar tan enorme fragmento de pórfido, á la distancia de muchas leguas, teniendo que vencer tantos obstáculos y sin la ayuda de bestias de carga, porque como ya hemos dicho, los aztecas no las conocian, da ideas no despreciables de su habilidad en la mecánica y de la potencia de sus máquinas: de aquí podiamos inferir que sus adelantos en aquella ciencia no eran inferiores á los que en la astronomía y en la geometría están atestigüando las inscripciones de la piedra misma.¹

1 Gama, descripción, parte 1.^a, páginas 110, 114. Humboldt, Essai Politiq. t. II, pág. 40.

Diez mil hombres se emplearon en el transporte de esta enorme mole, segun Tezozomoc, cuya narracion con todos los prodigios que la acompaña, ha sido minuciosamente copiada por Bustamante. Este licenciado muestra tal gusto por lo maravilloso, que no le iria en zaga un fraile de la Edad Media. Véase la descripción *ubi supra*, nota. El viajero ingles Latrobe, ha conciliado perfectamente las maravillas del arte y de la naturaleza, suponiendo que esas piedras enormes se trasportaban por medio de mastodontes, cuyos restos se han desen-

Los antiguos mexicanos fabricaban para el uso doméstico utensilios de barro, de que aun quedan muchas muestras: ¹ hacian vasos y copas de madera pintada ó barnizada, que además de no dejar pasar la humedad, tenia colores muy vistosos. Sus tintes los sacaban tanto del reino vegetal como del animal, y entre ellos figuraba tanto el rico carmesí de la cochinilla, rival moderno de la púrpura tiria. A Europa se trajo de México, donde se le conserva con grande esmero en los plantíos de *cactus*, cuyo cultivo ha caido despues en el abandono. ² Con ella daban los naturales hermosos tintes á sus diversas telas de algodón, el cual crece abundantemente en las regiones cálidas del país. Poseian además el arte de entretrejerle con pelo de conejo y de otros animales, con lo cual las telas eran no solo mas bellas sino de más abrigo: sobre estas manufacturas, enteramente originales, bordaban pájaros, flores y otras figuras graciosas. ³

terrado algunas veces del valle de México. (Véase Rembler in México, pág. 145.)

1 En el gabinete de la sociedad Filosófica Americana en Filadelfia, hay una gran coleccion de piezas de barro y algunas otras muestras de la industria azteca regaladas por los señores Poinsett y Kaeting. (Véase el catálogo de dicho gabinete en las transacc. vol. III, pág. 510.)

2 Hernandez, Historia Plantarum, lib 6º, cap. 16.

3 Carta del Lic. Zuazo, M. S. Herrera, op. cit. dec. 2, lib. 7, cap. 15. Boturoni. Idea, pág. 77.

No se sabe con certeza que tan hábilmente trabajaban la seda. Carli supone que lo que Cortes llamaba seda era solamente el tejido

Pero el arte en que mas sobresalian y que cultivaban con especial complacencia, era el plumaje ó arte de trabajar las plumas. Con ellas producian todos los efectos del mas primoroso mosaico: el vistoso plumaje de las aves de los trópicos y principalmente el de la familia de los papagallos, les ofrecia una variedad infinita de colores: el vello finísimo y brillante del colibrí, que en parvadas frecuenta los bosques de madre selva, les proporcionaba delicados y exquisitos matices para dar á sus pinturas una perfeccion admirable. Las plumas sobrepuestas á las telas, formaban el vestido de los ricos, el tapiz de sus aposentos y los ornamentos de sus templos. Ningun artículo de la industria azteca fue tan admirado de los conquistadores como este, del cual remitieron á Europa numerosas muestras. Es ciertamente digno de lamentar que haya caido en el olvido un arte tan gracioso. ¹

de pelo de animales ó de bello vegetal de que hemos hablado en el texto; (V. lettres américaines, t. 1º. lett. 21) pero lo que no tiene duda es, que tenian una especie de oruga distinta de nuestros gusanos de seda, la cual producía hilos que se vendian en el mercado de México. (Essai Politique, tom. III, págs. 66, 69.) Allí ha reunido M. Humboldt algunos hechos interesantes acerca del cultivo de la seda entre los aztecas. Pero sea lo que fuere, acerca de su manufactura es del todo cierto que nunca se extendió ni perfeccionó esta.

1 Carta del Lic. Zuazo, M. S. Acosta, lib. IV, cap. 37. Sahagun, op. cit. lib. IX, caps. 18, 21. Toribio, Hist. de los Indios, M. S., part. 1º, cap. 15. Rel d'un gent. huom., en Ramusio, tom. III, fol. 306.

El conde Carli se sintió arrebatado de entusiasmo al ver en Strasburgo una muestra de pinturas de plumas; «jamás se ha hecho» sé-

En México no había tiendas; pero tanto las manufacturas como los productos de la agricultura eran llevados para su venta á los mercados de las ciudades principales. Cada cinco dias había ferias, á las que concurría á comprar y vender una multitud de personas de las cercanías. Cada especie de mercancía se vendía en una parte del mercado especialmente destinada á ella. Los numerosísimos contratos se verificaban sin confusion ni desórden, y con entera justicia que administraba un magistrado encargado de ello. El comercio se hacia por medio de trueques ó de monedas de diferentes valores, siendo estos principalmente, plumas de ánade llenas de polvo de oro, pedazos de estaño en forma de una T, y saquillos de cacao que contenian determinado número de granos. «¡Dichosa moneda, exclamã Pedro Mártir, que liberta á los hombres de la avaricia, pues que no puede quedar por mucho tiempo acumulada ó enterrada!»

«Ningun creo,» exclama, «cosa mas exquisita en cuanto al brillo de los colores, á la imperceptible gradacion de los matices y á la belleza del dibujo: ningun artista europeo pudiera haber trabajado cosa semejante.» (Léttres américaines. let. 21, not.) Aun hay un lugar de la República mexicana, Pázuaro, donde, segun Bustamante, se tienen algunos conocimientos en este arte interesante, y en que se ejerce, aun muy en pequeño y á gran costa, Sahagun, ubi supra, nota.

1. «O felice monetam quæ suavem utialemque præbet humano generi potum, teã tartarea peste avaritiæ subos immunes servat possessores, quod suffodi aut diu servari nequeat! De Orbe Novo dec. 5. cap. 4. Véase tambien la carta de Cortés, apud Lorenzana, pág. 100 et sequentes. Sahagun, op. cit. lib. 8, cap. 36. Toribio, His-

No había en México la distincion de castas que en Egipto y Asia; no obstante, era costumbre que el hijo siguiera la profesion del padre. Había como especies de gremios de artesanos, que ocupaban cada uno un barrio especial; tenían su gefe, su deidad tutelar, sus fiestas públicas, &c. El comercio era muy honrado en todo el Anáhuac: «dedícate,» era el consejo de un anciano, «querido hijo mio, á la agricultura, á trabajar la pluma, ó á cualquiera otra profesion honesta, que así lo hicieron nuestros padres; ni de otra manera ¿cómo habian de haberse proporcionado la subsistencia para sí y sus familias? Jamas se ha visto que baste por sí sola la nobleza para mantener á nadie.»¹ ¡Sábias máximas; pero que deben haber sonado un poco mal á los oídos de los hidalgos españoles!²

Pero la ocupacion mas estimada era la del comercio: la manera con que se ejercia es tan singular é importante, que debieran los historiadores haber-

toria de los Indios. M. S. part. 3ª, cap. 8. Carta del Lic. Zuazo, M. S. Lo que en tiempo de Marco Polo reemplazaba la moneda entre los chinos, era igualmente sencillo, pues que consistia en pedazos de papel estampado, hecho de la corteza interior del moral. Véase la obra, Viaggi di Messer Marco Polo, gentil huomo venetiano, lib. 2, cap. 18, apud Ramusio, tom. IV.

1 «Procurad saber algun oficio honroso, como es el hacer obras de puma y otros oficios mecánicos. Mirad que tengais cuidado en lo tocante á la agricultura. En ninguna parte he visto que alguno se mantenga por su nobleza.» Sahagun op. cit., lib. 6, cap. 17.

2 Coleccion de Mendoza, ap. Antig. de México, vol I, lám 17 vol. VI. f. 66. Torquemada, op. cit., lib. 2, cap. 41.

nos dejado acerca de todo esto noticias mas completas. El mercader azteca era una especie de comerciante ambulante, que hacia sus expediciones hasta mas allá de los límites de Anáhuac, llevando consigo ricas estofas, joyerías, esclavos y multitud de objetos de comodidad. Los esclavos se compraban en el mercado de Atzacozalco, no muy lejos de la capital, en cuyo mercado habia para la venta de estos seres desgraciados ferias perfectamente arregladas. Llevábanlos vistosamente vestidos sus dueños mismos: cantaban, bailaban y manifestaban públicamente sus habilidades para hacerse recomendables al comprador. El tráfico de esclavos era ocupacion honesta entre los aztecas.¹

Con tan rica carga, partia el mercader á visitar remotas provincias, á cuyos gefes llevaban ordinariamente algun regalo del soberano, y de los cuales recibia otro en compensacion, y además, el permiso de viajar. Si se le negaba ó si sufría violencia ó maltrato, ponía en uso los medios de resistencia que tenia á su disposicion, pues que en efecto emprendía sus viajes acompañado de otros de su misma clase y considerable número de sirvientes empleados en llevar los efectos. La carga corriente de un hombre eran 50 ó 160 libras. Toda la caravana iba bien armada y en estado de defenderse, caso de ser atacada inesperadamente, todo el tiempo necesario para

¹ Sahagun op. cit., lib. 9 caps. 4, 10 y 14.

que les mandasen socorro de su nacion. En una ocasion uno de estos cuerpos de mercaderes militares puso sitio durante cuatro dias á la ciudad de Ayo-tlan, y la quitó á sus enemigos¹ Su gobierno, por otra parte, siempre estaba pronto á aprovechar estos pretextos, y á seguir una guerra que paraba en que se extendiesen los dominios del imperio mexicano. No era tampoco raro que se permitiese á los mercaderes levantar tropas y ponerse á la cabeza de ellas. Pero sobre todo, lo mas frecuente era que el príncipe emplease á los mercaderes en clase de espías que le diesen noticias del estado en que se encontraban los países por donde viajaban, y de la disposicion de sus habitantes hácia él.²

Así es que figuraban como parte muy principal en el cuerpo político: se les permitia usar insignias y distintivos propios: algunos de ellos formaban á lo menos en Texcuco, lo que los escritores españoles llaman *Consejo de Hacienda*³ aconsejaban frecuen-

¹ Sahagun, op. cit., lib. 9. cap 2.

² Ibid. lib. 2, caps. 2, 4.

En las tablas mendocinas hay una que representa la ejecucion de un cacique y su familia, y la destruccion de su provincia, ocasionadas por haber maltratado á unos mercaderes aztecas. Antig. de México, vol. I, lám. 57.

³ Torquemada, op. cit. lib. 2, cap. 41.

Ixtlilxochitl cuenta la curiosa historia de uno de los de la real familia de Texcuco, que juntamente con otros dos mercaderes ofreció visitar la corte de un cacique enemigo y traerle á la capital muerto ó vivo. Aprovecháronse para realizar su tentativa, de una orgía en la cual iban á ser sacrificados. Historia Chich. M. S. cap. 52.

temente al monarca, que siempre tenia á algunos de ellos cerca de su persona: recibian de él el tratamiento de *tio*, que nos recuerda el de *primo* que los soberanos de España dan á los grandes: permitíaseles tener córtés propias en las que terminaban todos los asuntos, tanto civiles como criminales, sin exceptuar ni aun los que exigian sentencia capital; de suerte que formaban un cuerpo enteramente independiente; y como además su género de comercio les abria fuentes abundantes de riqueza, gozaban de muchas de las mas esenciales prerogativas de una aristocracia hereditaria.¹ Es ciertamente una anomalía en la historia encontrar una nacion imperfectamente civilizada, y donde solo los nombres del soldado y del sacerdote eran títulos respetables, en que el comercio era una de las sendas que conducian á la preeminencia política: esto forma cierto contraste con las mas cultas monarquías del viejo mundo, donde se juzga menos deshonoroso entregarse á una vida de muelle pasatiempo y frívolo placer, que no á esos activos trabajos que promueven á la vez la dicha individual y la prosperidad del Estado.

¹ Sahagun, op. cit., lib. 9, cap. 52.

El libro nono de la obra ofrece una noticia completa de los mercaderes, sus viajes, las ceremonias religiosas que se practicaban al partir, y el suntuoso género de vida que tenian al regresar; este notabilísimo cuadro prueba que los mercaderes de Anáhuac gozaron en ese pueblo semi-civilizado, de prerogativas y distinciones solo comparables á las de los príncipes mercaderes de las repúblicas italianas, ó á las de los comerciantes régios de la nuestra.

Confesemos francamente que si la civilizacion destruye muchas preocupaciones, en cambio engendra otras.

Todavía nos podremos formar una idea mas exacta de la cultura á que habian llegado los naturales del país, penetrando en su hogar doméstico y observando el trato de los dos sexos, para lo cual afortunadamente poseemos los medios necesarios. Allí veremos al feroz azteca dando muestras de toda la sensibilidad de un hombre culto, consolar á sus amigos en las desgracias ó felicitarles en su próspera fortuna, como por ejemplo, con motivo de su casamiento ó del nacimiento de un hijo: les visitaba con toda puntualidad, y les llevaba de regalo costosos vestidos y ornamentos, ó sencillamente flores, con las que significaban no menos su afecto: las visitas en semejantes ocasiones, aunque arregladas con toda la etiqueta del Oriente, iban acompañadas de las mas expresivas demostraciones de cordial estimacion.¹

La educacion de los niños, principalmente en las escuelas públicas, era, como ya lo hemos dicho ar-

¹ Sahagun, op. cit., lib. 6, cap. 23, 37. Camargo, Historia de Tlaxcallan, M. S.

Estos cumplimientos se verificaban á épocas fijas, y aun durante el embarazo. Todos estos pormenores los refiere con sobrada gravedad y proligidad el padre Sahagun; pero su editor Bustamante ha suprimido algunas de esas pequeñeces por parecerle demasiado indecentes. Si lo eran mas que algunas de las notas del editor mismo, muy poco honestas deben haber sido por cierto.

riba, excesivamente rígida;¹ pero cuando la joven azteca llegaba á la nubilidad, se la trataba por sus padres con ilimitada ternura y franqueza. Al entrar las jóvenes en el mundo, se les conjuraba á conservar ilesa la simplicidad de las costumbres y á guardar un aseo riguroso en su persona y vestidos: se les inculcaba la modestia como el mas bello ornamento de una mujer, y se les inspiraba el respeto á su marido; endulzando estos consejos con los epítetos cariñosos que podia dictar la ternura del amor paternal.²

Entre los mexicanos era lícita la poligamia, aunque principalmente concedida á las clases elevadas.³

1 Zurita, Relacion, págs. 112, 134.

La tercera parte de la Coleccion de Mendoza (Antigüedades de México, vol. 1), representa los varios castigos ingeniosamente inventados para la correccion de los niños. Para el joven mexicano estaba sembrada de espinas la florida senda del saber.

2 Zurita, Relacion, págs. 112, 134.

Sahagun refiere los consejos que los padres y madres daban á sus hijas al entrar éstas en la edad madura. ¿Qué cosa puede haber mas tierna que el principio de la exhortacion de una madre? «Hija muy amada,» les decian, «muy querida palomita: ya has oido y notado las palabras que tu señor padre te ha dicho; ellas son palabras preciosas y que raramente se dicen, ni se oyen, las cuales han procedido de las entrañas y corazon en que estaban atesoradas; y tu muy amado padre bien sabia que eres su hija, engendrada de él; eres su sangre y su carne, y sabe Dios Nuestra Señora que es así; aunque eres mujer, é imájen de tu padre, ¿qué mas te puedo decir, hija mia, de lo que está ya dicho?» Sahagun, op. cit., lib. 6, cap. 19. El lector encontrará en el Apéndice, parte 2, núm. 1, una traduccion completa de este interesante documento, que contiene sobre la materia los preceptos que se tienen por mas esenciales entre las naciones cultas.

3 En los consejos de un padre á su hijo, encontramos tambien el

Los españoles pintan á las indias de entonces, hermosas y muy distintas de sus desgraciados descendientes, aunque con ese mismo aspecto serio y melancólico que hoy tienen. Su larga y negra cabellera cubierta en algunas partes del país con un finísimo velo hecho de pita, estaba generalmente entretejida con flores, y entre la gente rica salpicada de piedras preciosas y perlas del golfo de Californias. Parece que sus maridos las trataban con mucha consideracion, y que ellas pasaban la vida en ociosidad indolente ó en ocupaciones propias de su sexo, como hilar, bordar y otras semejantes, mientras que sus hijas engañaban las horas recitando cuentos ó canciones.¹

Las mujeres tomaban parte en las fiestas y diversiones de los hombres, las cuales eran frecuentemente notables, ó por el número de convidados ó por lo espléndido del servicio. Los salones del banquete estaban embalsamados con dulces perfumes, y el pavimento regado de yerbas y flores olorosas, que se distribuian tambien con profusion entre los convidados, al paso que iban llegando. Conforme se sen-

mu muy notable de que Dios ordenó que para multiplicacion de una especie, cada hombre usase de una sola mujer. «Nota, hijo mio, le decia, lo que te digo; mira que el mundo ya tiene este estilo de engendrar y multiplicar, y para esta generacion y multiplicacion ordenó Dios que una mujer usase de un varon, y un varon de una mujer.» Ibid. lib. 6, cap. 21.

1 Ibid. lib. 6, cap. 21, 23, lib. 8, cap. 23. Rel. d'un gent. en Romusio, tom. III, fol. 305. Carta del Lic. Zuazo, M. S.